



Pedro Zarraluki

Te espero dentro



DESTINO

Te espero
dentro

Pedro
Zarraluki

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1285

Con los ojos
cerrados

El viejo Ford Escort se detuvo con ruido de chatarra. Antonio sacó la llave del contacto y miró la casa. Era pequeña, de dos plantas, con un patio delantero en el que a duras penas cabían una mesa de camping con cuatro sillas de plástico y un árbol de Judas —con el tronco retorcido y una copa escuálida, sólo bonita cuando florecía en primavera— al que Eva se obstinaba en llamar el árbol del amor. Antonio conocía bien aquella casa, había vivido en ella más de diez años.

Dejó el coche ante la puerta. Era una calle tranquila, mucho más a aquella hora de la tarde. En el pasado había albergado una colonia de trabajadores ferroviarios. Ahora las viviendas, de fábrica barata, estaban habitadas por familias que plantaban rosales y madreselvas en sus diminutos patios. Había muchos niños por aquel barrio, muchos juguetes abandonados en apariencia y llenos de polvo tirados entre las macetas.

Antonio salió del coche, cruzó la estrecha acera y retiró el pasador de la cancela. Desde allí vio a César en una de las ventanas. Lo saludó con la mano, pero ya había desaparecido. Casi al instante se abrió la

puerta de la casa. César lo apremió a entrar cogiéndole de un brazo y tirando de él.

—Gracias por venir —le dijo. Miró hacia atrás con angustia. Luego se volvió de nuevo hacia Antonio—. A ver si tú la convences. Ha roto aguas y se niega a ir al hospital.

A un lado, en la pared, había un colgador lleno de abrigos. Un poco más allá estaba la puerta de la cocina. Olía a quemado, pero era un olor agradable, azucarado, como cuando se hace caramelo en un cazo. Antonio avanzó unos pasos y entró en la cocina. Eva estaba a cuatro patas bajo la mesa que había junto a la ventana. Llevaba puesto un ligero vestido de lana deformado por su gran barriga. Antonio vio que el horno humeaba. Fue a apagarlo y lo abrió un poco. Salió una nube de humo dulzón.

—Se te han quemado las galletas —dijo.

Los ojos de Eva brillaban bajo la mesa, por entre las greñas que le caían a ambos lados de la cara. Le miraba con rabia.

—¿Qué haces aquí? ¿Te ha llamado ése?

César, que se había quedado bajo el dintel de la puerta, puso cara de desconsuelo. Por un instante pareció que iba a hacer algo, pero se limitó a llevarse las manos a las rodillas y a soltar un bufido. Antonio cogió un trapo y sacudió un poco el aire para despejar el humo. Luego lo usó para sacar la bandeja, que dejó sobre los fogones. Las galletas tenían forma de corazón y estaban todas chamuscadas.

—Tienes que ir al hospital, Eva —dijo—. Te vas a poner de parto.

—¡No puedo! —gritó ella—. ¡Tengo hora para

depilarme! —Y repitió—: ¿Y tú, qué haces en mi casa?

—Le he llamado yo —intervino César—. A veces te pones imposible, cariño... No sabía cómo convencerte.

Antonio se acercó a la mesa y alargó una mano amistosa. Eva la miró con desconfianza.

—Sólo saldré de aquí si me lleváis a la peluquería —dijo—. No pienso parir nada si antes no me depilo.

En aquel momento entró una adolescente en la cocina. Pasó junto a César sin rozarlo y fue hacia la nevera. Iba descalza, vestida con una camiseta muy ajustada y unas bragas de color rosa. Tenía un tatuaje en un hombro. Una mariposa con las alas azules.

—Hola, Marcela —dijo Antonio.

—Hola, papá.

La chica abrió un cartón de leche y bebió de él golosamente, con los ojos cerrados. Luego se agachó un poco para mirar debajo de la mesa.

—Sal de ahí, mamá —dijo—. Estás bastante patética.

Antonio volvió a extender la mano. Lo hizo con la suavidad de quien intenta poner la correa a un perro que no se deja. Eva miró con un gesto de repugnancia la mano de Antonio, y abandonó gateando su refugio. César se apresuró a ayudarla a ponerse en pie. La mujer se acarició los riñones y estiró hacia atrás los hombros.

—A la peluquería —dijo en un tono que no admitía réplicas—. Todavía no tengo contracciones.

—Está bien —contestó César—. Voy a buscar el coche.

Salió de la cocina. Marcela seguía junto a la nevera. Los pezones de sus diminutos pechos presionaban con fuerza la tela de su camiseta.

—Dios mío —dijo, sin apartar los ojos de Eva—, creo que nunca seré madre. Preferiría adoptar un cerdo a verme en ese estado.

Antonio se volvió hacia ella.

—Deja de decir tonterías y trae su abrigo... Y coge también su bata y unas zapatillas.

—Lo tengo todo en una bolsa, en la entrada —intervino Eva. Miró otra vez a Antonio, ahora con reproche. Sin pararse a considerar que llevaba mucho tiempo sin aparecer por allí, añadió—: ¿Siempre tienes que estar por en medio?

Marcela volvió a guardar el cartón de leche en la nevera. Con paso desganado fue al perchero en busca del abrigo. Antonio se fijó en que, a medida que su hija andaba, sus glúteos parecían ir devorándole las bragas. Cogió a Eva por un codo para animarla a seguir a la niña.

Ya habían salido al patio, cuando apareció César al otro lado de la cancela. Tenía en la cara una expresión de infinita contrariedad. Por su actitud, cualquiera habría pensado que se hundía el mundo.

—Mi coche no arranca. —Se frotaba las manos con nerviosismo, sin saber cómo controlar la situación—. Parece que está sin batería. Es una catástrofe, una catástrofe.

—Coge el mío. —Antonio sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó—. Está aparcado ahí y todavía funciona.

Eva subió con dificultad al asiento trasero. César

se sentó al volante. Arrancó el motor, pero volvió a girar la llave con impaciencia y en alguna parte, bajo el capó, sonó un prolongado chirrido. Por fin logró serenarse, y el viejo Ford Escort se puso en movimiento. Poco después doblaba la esquina de la calle.

Entonces Antonio regresó al patio. Desde allí contempló a su hija, que se había quedado en la puerta de la casa.

—No deberías ir en bragas —le dijo.

—Nadie me ve —contestó Marcela. Y dejó escapar una risita—. Te has quedado sin coche, papá. Ahora, ¿qué te queda?

Antonio avanzó hacia ella y la obligó a entrar con él. Cerró tras de sí la puerta.

—No me refiero a los vecinos, sino a César. No está bien que te pasees así ante él. No eres su hija.

Marcela se pasó las yemas de los dedos por los elásticos de las bragas para sacárselas del culo.

—César es un buen tío. —Se había quedado de pie ante su padre, mirándole con una amplia sonrisa—. Es incapaz de hacer algo que no sea irremediablemente honesto.

Antonio la cogió por los hombros y la sacudió un poco. Lo hizo con suavidad, como si pretendiera despertarla. Ella echó hacia atrás la cabeza en un gesto de desidia, y Antonio volvió a sacudirla.

—Me importa un pimiento lo que opines de él. Sólo te pido que me hagas caso. Nunca te fíes de un hombre que se llame César. Y otra cosa: ese «irremediablemente» te ha quedado muy rompedor, pero a tu edad no sabes qué coño significa «irremediable».

Después de soltar aquella parrafada, retiró las

manos de los hombros de su hija. Ante su sorpresa, Marcela le respondió dándole un beso en la mejilla. Para hacerlo tuvo que ponerse un poco de puntillas, pero mucho menos que la última vez que lo había besado, tres años atrás, cuando Eva le echó de casa. Él estaba ya en la puerta, aturdido por los gritos de su mujer, y Marcela intentó retenerlo abrazándosele. En aquel tiempo era todavía pequeña y creía que su familia estaba unida por un vínculo indisoluble. Pero Antonio se fue igualmente, tras balbucear una vez más que lo lamentaba. Aquello era algo que la niña nunca había podido perdonar a su padre.

—Vale —dijo Marcela—. Voy a vestirme. He quedado con un amigo.

Subió corriendo la escalera en dirección a los dormitorios. Antonio permaneció unos instantes inmóvil, mirando el perchero. Luego pasó por delante de la cocina y se asomó al salón. No había cambiado mucho. A través de las ventanas se veían las de la casa vecina. Eva siempre había querido poner una barrera de arbustos en la estrecha franja de terreno que separaba las dos viviendas. En una ocasión, llegó a decir a Antonio que su vida era una mierda si era incapaz de conseguir algo tan sencillo como aquello. Tres años después, Antonio se preguntó si Eva seguiría valorando la calidad de su vida en función de aquellos arbustos que nadie se había molestado en plantar.

Se dio la vuelta y subió poco a poco la escalera. Marcela había dejado entornada la puerta de su habitación. Se la oía hablar por teléfono. Antonio fue en dirección contraria y entró en el otro dormitorio.

Cerró tras él y se detuvo a contemplar la cama, con las almohadas apoyadas contra un cabecero revestido de tela color berenjena. Allí había dormido él durante mucho tiempo. Eva y César no se habían molestado en comprarse una cama propia, lo que le pareció a Antonio inaudito. Pensó que había dos cosas que era necesario cambiar siempre que se empezaba una nueva vida: la cama y la tapa del retrete. Quizá también las cacerolas y los cubiertos. De repente, sin saber por qué, le pareció asqueroso el hecho de compartir los tenedores. Había algo obsceno en aquella herramienta que pasaba de boca en boca llena siempre de comida.

Se asomó a la ventana. La calle estaba desierta. A aquellas horas todos los vecinos estarían dando de cenar a sus hijos, obligándoles a meterse los tenedores en sus pequeñas bocas. En el patio de la casa de enfrente había una piscina hinchable de plástico descolorido llena de agua turbia. La copa del árbol de Judas se alzaba bajo él, tan escasa como siempre.

Fue al armario y lo abrió. Las chaquetas eran todas de color oscuro, apiñadas en el poco espacio que les dejaban los luminosos vestidos de Eva. Miró en los cajones. Uno estaba lleno de sostenes, otro de bragas. En el de más abajo se mezclaban los calcetines y los calzoncillos de César. Aquello tampoco había cambiado. Cerró las puertas del armario y se volvió de nuevo hacia la cama. Estaba hecha, pero se notaba la huella de alguien sobre el edredón. Eva, sin duda, pues era su lado. Rodeó el mueble y se tumbó en el lugar que él había ocupado durante diez años. Se acomodó las almohadas y se recostó sobre ellas. Lue-

go se incorporó un poco y miró la mesilla de César. Sobre ella había un despertador digital, un mando a distancia y un libro de enología. Antonio pensó que César querría dárselas de entendido en las cenas. Estudiaría por las noches las características de los vinos, mientras Eva leía algún libro de Isak Dinesen o de Eudora Welty.

La mesilla tenía dos cajones. Abrió el superior y echó un vistazo. Había pastillas para dormir, una radio de bolsillo con auriculares y un sobre con algunos billetes. Cogió uno de veinte por el alquiler del coche. Le pareció justo y no se paró a meditar lo que hacía. La sorpresa le esperaba en el otro cajón. Estaba lleno de películas pornográficas. Sacó algunas y miró las carátulas. Escogió la que le pareció más atractiva. En una esquina de la habitación había un televisor pequeño de los que llevan incorporado el reproductor. Aquello sí era una novedad. Eva nunca había dejado a Antonio instalar televisión en el dormitorio. Fue hasta el aparato, puso la película y regresó a la cama.

Con el mando a distancia bajó el volumen al mínimo para que Marcela no pudiera oírlo desde su cuarto. En la pantalla apareció una mujer sentada en un sofá con un hombre a cada lado. Ella llevaba puesto un vestido rojo de amplio escote y se mantenía erguida, muy preocupada al parecer por su dignidad. Tenía las piernas cruzadas y hablaba sin parar, en inglés. A veces no podía evitar gesticular, pero enseguida devolvía las manos al regazo y recobraba la compostura. Los dos hombres la miraban muy serios y asentían con extrema gravedad. Seguramente in-

tentaban representar el papel de dos altos ejecutivos entrevistando a una candidata a secretaria, pero habrían estado mucho mejor haciendo de atracadores de gasolineras.

Antonio no entendía el inglés, así que esperó a que la mujer tomara la iniciativa, lo que sin duda sucedería en cualquier momento.

Se despertó sin saber dónde estaba. Luego, cuando se hubo situado, tardó todavía unos segundos en recordar que aquella ya no era su habitación. Se incorporó y miró hacia la ventana. Se había hecho de noche. En la pantalla del televisor había una imagen fija de la mujer del sofá. Estaba desnuda, con el dedo corazón de una mano metido obscenamente en la boca, y a su lado las opciones del menú.

Antonio se levantó de la cama alisándose el pelo con los dedos. Fue a abrir la puerta y salió al descansillo. El dormitorio de Marcela estaba a oscuras, pero abajo había luz y se adivinaba movimiento. Bajó la escalera. La luz venía del salón. De allí llegaba también un jadeo monótono y persistente. Antonio avanzó unos pasos y se detuvo en la puerta. Marcela estaba en uno de los sillones, con la cabeza reclinada hacia un lado y los ojos cerrados. Un muchacho, arrodillado frente a ella, le sostenía las piernas en alto y la follaba con tanto ardor que le temblaban convulsivamente los glúteos. Era él quien jadeaba. Las piernas de Marcela, pálidas y enjutas, se bamboleaban mecidas por las manos que las sostenían.

Entonces ella abrió los ojos y vio a su padre. Soltó

un grito seco y breve al tiempo que apartaba de un manotazo al muchacho. Antonio no se movió de donde estaba, no dijo nada. Se limitó a contemplar cómo se vestían los dos adolescentes, cosa que hicieron con fulminante rapidez, y se apartó un poco cuando el chico se vio obligado a pasar por su lado para huir en dirección a la calle. Luego miró al suelo, donde habían quedado tiradas las bragas rosas de Marcela.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó la niña.

Estaba de pie, con los brazos cruzados y la cadera apoyada en el sillón en el que su padre acababa de sorprenderla. Se había recuperado deprisa. Siempre había resultado difícil hacerle perder el aplomo. Antonio, en cambio, se sentía desplazado en todas partes, como si hasta en su propia casa no fuera más que un invitado. Eva se lo decía a menudo cuando aún estaban juntos.

—Me he quedado dormido —contestó. Al oír su propia voz, las palabras se le apelotonaron en la boca, pero sólo fue capaz de formular una pregunta—: ¿Eres consciente de la edad que tienes?

—Quince —contestó Marcela sin dudarle un instante—. Lo sé bastante mejor que tú. No me llamaste el día de mi cumpleaños.

Antonio sintió un súbito instinto de rebeldía. Le pareció extraño que fuera su propia hija quien se lo desatara, pero se dejó llevar por él.

—Empiezo a pensar que mereces un padre como César —dijo—. A mí se me han pasado las ganas.

Dio la espalda a Marcela y se encaminó hacia la puerta de la calle. Entonces recordó que había dejado puesta la película en el televisor del dormitorio.

Regresó sobre sus pasos y subió la escalera. Sacó la película, la guardó en su estuche y devolvió éste al cajón de la mesilla. En aquel momento se dio cuenta de que su hija le había seguido. Le observaba con atención, recostada contra el marco de la puerta.

—Mírate —dijo Antonio, sintiendo un absurdo rencor—. Eres igual que Lauren Bacall. Sólo te faltan el cigarrillo y un montón de años para ser de verdad una mujer.

Marcela soltó una carcajada. Avanzó alegremente hacia la cama y se dejó caer en ella. Desde allí miró a su padre.

—Ven a tumbarte a mi lado —dijo—. Luego podrás desaparecer otra vez unos cuantos años.

Aquel comentario desarmó a Antonio. Sintió en la espalda un incómodo cosquilleo, como si algo nauseabundo le lamiera las vértebras. Se recostó junto a la niña, y Marcela apoyó la mejilla en su pecho. Antonio le pasó un brazo por los hombros y le acarició con suavidad el antebrazo.

—Has estado mirando las películas de César —dijo ella—. Son bastante ridículas.

—¿Las has visto?

Marcela alzó los ojos hacia él. Tenía las pupilas de un extraño marrón verdoso, como Antonio.

—Claro, pero no todas —respondió, sin apartar la mirada—. Siempre he sabido dónde escondéis las cosas. A veces he pensado que yo era la verdadera dueña de esta casa. —Apoyó de nuevo la mejilla en su pecho y continuó—: En cambio, vosotros sabéis muy poco de mí. Tú nunca has descubierto ninguno de mis secretos.

Antonio pensó que Marcela no había elegido un buen momento para decir aquello.

—Hay cosas de las que es mejor no enterarse —dijo—. Lo que acaba de pasar ahí abajo es una de ellas. Preferiría no haberlo visto.

La réplica de Marcela fue instantánea:

—Pues haber simulado que seguías durmiendo, como hacía yo de pequeña.

Antonio le acarició la frente. Su hija se removió un poco y puso una mano sobre su barriga. Antonio notó al instante el calor de su piel a través de la tela de la camisa. Y en aquel momento, sin desearlo, volvió a ver sus piernas dóciles y en alto, inertes, y los glúteos trémulos del chico. Volvió a pensar en los tenedores que pasan de boca en boca llenos de comida.

—Te dormías siempre —dijo—. En el coche, delante del televisor, en todas partes. Una vez te dormiste en mitad de la cena en casa de los abuelos. Cada noche tenía que llevarte en brazos a la cama.

Marcela tardó en contestar. Antonio pensó por un instante que se había dormido una vez más. Miró hacia la ventana y sólo vio oscuridad.

—La abuela había hecho lo que más odio, lentas —dijo ella por fin—. Así que decidí simular un poco. Me gusta hacer eso. De pequeña me encantaba que me metieras en la cama y te quedaras un rato a mi lado. Tardabas mucho en salir de la habitación. Yo estaba segura de que me mirabas. Cuando duermes, los otros te quieren más.

Antonio sintió de nuevo un cosquilleo en la espalda, pero esta vez fue de placer. Empezó a pensar que le gustaba su hija, que le gustaba de una forma dis-

tinta. Pensó que le gustaba porque ya no era exactamente su hija, sino una persona con la que podía hablar. Fue una sensación extraña, parecida a la que se siente cuando se mira un paisaje que no se ha visto nunca. Un lago, quizá, sumido en la bruma, o una larga sucesión de montañas a las que nunca podrías llegar. Sonó de nuevo la voz de Marcela:

—Además, cuando estás dormida los otros dejan de disimular. Es como si te hubieras vuelto invisible. Todos hablan como si tú no estuvieras allí, o discuten como hacíais vosotros. Parecía que os fuerais a matar, pero siempre acababais follando. Mamá es muy escandalosa. Me daba vergüenza escucharla.

La mano de Antonio buscó la de su hija. Sus dedos se entrelazaron y él hizo fuerza con el brazo para estrecharla más contra sí. Ella no opuso ninguna resistencia. Notó su hombro huesudo, que se le clavaba en un costado.

—Supongo que así son las cosas, cariño —dijo Antonio—, y por eso estás tú en este mundo. Las personas somos como los tenedores.

Marcela volvió a alzar la cabeza para mirarle.

—¿Qué quieres decir?

En aquel momento se abrió la puerta de la calle y sonaron pasos en la planta de abajo. Antonio se sobresaltó. Intentó apartar a Marcela para levantarse, pero ella le retuvo.

—No digas nada —le susurró la niña—. Cierra los ojos. Hagámonos los dormidos.

Antonio la obedeció. Apoyó de nuevo la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Notaba sobre su pecho la respiración de Marcela, que se fue volviendo

cada vez más pausada. Él también empezó a relajarse. Sus músculos perdieron tensión y su respiración se fue acompasando a la de su hija. En aquel momento, quizá por primera vez, sintió que el mundo entero estaba a sus pies, que desde aquel lugar iba a ser capaz de verlo por entero.

Resonaron pasos en la escalera. Alguien subía. Antonio permaneció inmóvil, tan a gusto tumbado en aquella cama, con la mejilla de Marcela sobre su pecho, que podría haber seguido así el resto de su vida. Notó una presencia en la puerta, y supo con total certeza que alguien les estaba observando. Marcela se movió un poco y soltó un débil gemido, como si soñara.

Pasaron unos segundos intensos y muy largos. Entonces la puerta se cerró con un suave chasquido. Antonio y Marcela se quedaron quietos, con los ojos cerrados, atentos a los ruidos de su alrededor, a las conversaciones que pudieran alcanzar a oír, al rumor lejano de los planetas.